



Emily Dickinson y recoge el espíritu del volumen donde la autora dialoga constantemente con el entorno natural. El jardín como una metáfora del cuerpo, del discurrir de la vida. El ciclo de la naturaleza en las distintas estaciones del año, los cuidados, la disposición de las diferentes especies que conforman su rico entorno dialogan con el sentir de esta mujer que encara su final mientras prueba diferentes terapias, recibe visitas amigas y lee.

“Saber que el final está cerca ayuda a pensar”, escribe. Pera habla sobre la eutanasia, piensa las cartas que preparará para cuando ella no esté. Medita. Vive el aquí y ahora. Tiene angustia y miedo pero busca la paz y acepta el final agradecida por la belleza de ese jardín que la arropa. El jardín seguirá existiendo cuando ella no esté y no pueda atender-

hacer frente (de forma siempre parcial y precaria) a las situaciones límite, como la contingencia, el azar, el sufrimiento y la muerte.

Usted incorpora muchas referencias literarias para tratar temas como la muerte, el dolor o la compasión. ¿La literatura puede ayudar en procesos de duelo?

En efecto, la filosofía metafísica sostuvo que el gran tema filosófico era la muerte, pero paradójicamente ignoró la pérdida y la ausencia. En cambio, la filosofía literaria se ha ocupado del duelo y la muerte del otro. Dostoievski (*Memorias de la casa muerta*), Tolstói (*La muerte de Iván Ilich*), Joyce (*Los muertos*) o Thomas Mann (*La montaña mágica*) son algunos de los ejemplos más relevantes. La literatura no nos consuela, pero nos muestra la dramática singularidad de nuestra condición. **M. ZAMORA**

lo pero representará “un canto de luz en la oscuridad de la muerte” como señala el poeta y jardinero bosnio **Teodor Cerić**, autor de *Jardines en tiempos de guerra* (Elba), al que cita en estas páginas. Para Pera el jardín es “el lugar ideal para vivir este último, largo y lento adiós al mundo”.

En estas páginas nos ofrece un sereno proceso de duelo, el suyo, que comparte con sus seres cercanos. Un legado al que tenemos acceso los lectores.

Acompañamiento

Delphine Horvilleur (Nancy, 1974) es una rabina francesa alineada con el judaísmo liberal. Periodista de formación, es-

El jardín es “el lugar ideal para vivir este último, largo y lento adiós al mundo” (Pia Pera)

tudió en Jerusalén y Nueva York y reside en París. En su libro *Vivir con nuestros muertos* (Libros del Asteroide) comparte experiencias de acompañamiento en la pérdida. Resalta que su papel como rabina es en buena medida el de una narradora.

Nos cuenta en estas páginas cómo se fueron algunas personas y cómo fueron sus oficios de despedida.

El primer capítulo recoge el caso de la psicoanalista Elsa Cayat, una de las víctimas del atentado contra el semanario satírico *Charlie Hebdo* en enero del 2015. Cayat tenía una sección en la revista. Horvilleur es la encargada de oficiar su despedida en el cementerio de Montparnasse, una semana después de aquella masacre. Lo hace ante un público laico resaltando elementos de la tradición donde todos podían cobijarse y apelando a un Dios con humor (“¿Qué Dios <grande> se torna tan miserablemente <menor> como para necesitar que unos hombres salvaguarden su honor?”). Imposible no acordarse al leer estas páginas de otra víctima del atentado, **Philippe Lançon**, que en aquellos momentos luchaba por su vida en un hospital parisino como relató en el inolvidable *El colgajo* (Anagrama) / *L'esquex de carn* (Angle). Ambos relatos recogen las dos caras de la moneda.

El libro de Horvilleur está plagado de interesantes explicaciones etimológicas y de tradiciones judías –lavarse las manos tras el sepelio, coser la mortaja, colocar piedras en lugar de flores...-. Aborda diferentes situaciones, desde la muerte de una persona relevante (“en un duelo colectivo o nacional siempre se les confisca algo a las familias”) hasta el de una amiga suya.

En la misma línea se sitúa el libro de **Joan Carles Trallero**, médico especialista en cuidados paliativos, *¿Morirme yo? No, gracias* (Libros de Vanguardia). Trallero reflexiona sobre la muerte en tiempos de pandemia y se lamenta de la muerte en soledad de algunos enfermos. Defiende un acompañamiento terapéutico y espiritual donde la persona siempre esté en el centro.

Anteriormente había publicado *Destellos de luz en el camino*, donde exponía quince casos reales de personas al final de la vida.

Pia Pera sabía que iba a morir y decidió escribir sus pensamientos y sentimientos hermanándose con la naturaleza. Daniel Pennac perdió a su hermano mayor y buscó en la escritura una forma de recordarle y también de entenderle. Carolina Setterwall se rompió cuando murió su pareja y narró el camino de su duelo. Delphine Horvilleur nos muestra con ternura como los ritos ayudan a despedirse más allá de las creencias. Son todos ellos libros sobre la muerte y el duelo pero que encierran grandes lecciones de vida. |

latidos

La pintora del Poblenou

Ha dedicado más de 130 cuadros al barrio en el que creció, cuya drástica transformación pudo seguir día a día, y donde sigue residiendo. El próximo mes de septiembre, el barrio le devolverá la atención con un ambicioso proyecto expositivo, uno de los más atractivos del año. *La memoria pictórica del Poblenou* combinará una selección de la pintura de Neus Martín Royo (Barcelona, 1968) con abundante documentación histórica y fotográfica de la zona. Lo hará en cuatro espacios: la Torre de les Aigües, en la que se ubica el Arxiu Històric del Poblenou; el edificio Oliva Artés, una de las sedes del Museu d'Història de Barcelona; la Fundación Palo Alto y el Centre Cívic Can Felipa. Con cuatro comisarios: Jordi Fossas, Joan Carles Luque, Marta Pérez Ibáñez y Glòria Muñoz. Conocí a Martín Royo en 1996. El

léricas –desde el gran edificio a la fachada del pequeño comercio–, ricas en perspectivas frontales, con colores saturados, hacen de ella la más hoperiana de los pintores catalanes en activo (a propósito de su obra se ha hablado de “figuración testimonial” y de “bodegones arquitectónicos”; pero a diferencia de Hopper, Martín Royo nunca introduce la figura humana). Fue una de las primeras personas en las que pensaba cuando a fines de los años noventa comisarié las exposiciones *Realismo de vanguardia* y *Realismo en Catalunya*, con ánimo de reivindicar una corriente pictórica poco cuidada por las instituciones (sigue sin estarlo, pese a que, como apunta en el título de su último libro el polifacético arquitecto, pintor y escritor Oscar Tusquets, *Sin figuración, poca diversión*). Desde entonces Martín Royo ha



La pintora Neus Martín Royo en su estudio del Poblenou

STARSTUDI

galerista Manel Mayoral me pidió que escribiera en el catálogo de la exposición que iba a dedicarle. Para elaborar el texto recorrí con ella una mañana los paisajes del que había sido llamado *el Manchester catalán* por sus fábricas emblemáticas del desarrollo económico de fines del siglo XIX y principios del XX. La artista los había visualizado y asimilado desde pequeña, de la mano de su padre los domingos camino de la playa o acompañando a su madre hasta la fábrica de encajes donde trabajaba. Grandes chimeneas, muros de ladrillo y zonas híbridas donde las últimas terminaciones urbanas se fundían con la naturaleza, creando una tierra de nadie que resultaría estimulante. En su obra “un mundo en decadencia, a medio destruir o medio reconstruir adquiere un insólito atractivo, que efectivamente posee cuando paseamos una tarde de domingo, solitarios y con un espíritu contemplativo”, escribió Feliu Formosa.

En los años que precedieron y siguieron a los Juegos Olímpicos de 1992, aquel entorno se modificó de forma drástica, primero para dar paso a la Vila Olímpica, uno de los estándares de la renovación urbana del periodo, y después al 22@, emblema de la Barcelona tecnológica. La pintora, formada en Bellas Artes y en Artes y Oficios, discípula de Francesc Artigau, ha hecho de esta transformación un leitmotiv. Sus imágenes urbanas sólidas y contundentes, documentadas y

expuesto regularmente en la Sala Parés, a la que un día habrá que rendir homenaje por haber mantenido y cuidado esta línea de trabajo pictórico, y últimamente en Jordi Barnadas. También ha plasmado panoramas y

Neus Martín Royo ha dedicado 130 cuadros al barrio, que darán pie a una antológica en cuatro sedes en septiembre

rincones de otras ciudades, como Nueva York, Londres y La Habana.

¿Qué paisajes pintados del Poblenou veremos en las cuatro sedes? Los de los cuatro singulares edificios que albergarán el proyecto; la playa de la Mar Bella; la sastrería La Africana; la Rambla; la heladería El Tío Che; el antiguo Gasómetro, las antiguas cocheras de TMB; la antigua cooperativa La Flor de Maig; el Casino L'Aliança; la estación, con el paso a nivel y el recorrido ferroviario paralelo al litoral; la calle Marià Aguiló con sus tiendas; el estudio de la artista en el corazón del 22@; la calle Pere IV, antigua carretera de Mataró... “Creo que todo este trabajo es un acto de amor. Siempre he pintado aquello que me rodeaba de una forma natural; lo que no podía imaginar cuando empecé es que el entorno del Poblenou me daría para tanto”, confiesa la pintora.

SERGIO VILA-SANJUÁN

